



S. IGNACIO, O. Y M.

## AÑO CRISTIANO

ó

## EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DIAS DEL AÑO.

FEBRERO.

DIA PRIMERO.

SAN IGNACIO, OBISPO DE ANTIOQUÍA Y MÁRTIR.

SAN IGNACIO, obispo de Antioquia y mártir, floreció en el primer siglo de la iglesia. Tomó el sobrenombre de *Teóforo*, que significa *hombre que lleva á Dios*, para dar á entender que llevaba á Jesucristo profundamente grabado en su corazón. Algunos le hacen Siro de nacion: Metafraste y Nicéforo aseguran que era Judío, y aun añaden fué aquel niño á quien llamó el Salvador y colocándole en medio de sus discipulos, se le propuso por ejemplar de la inocencia y de la humildad cristiana, segun se refiere en el capítulo 18 del evangelio de san Mateo; pero afirmando san Crisóstomo que san Ignacio nunca vió á Jesucristo, no se puede asegurar cosa positiva en un hecho tan considerable. Lo que no admite duda es que san Ignacio fué uno de los principales discipulos de los apóstoles, y particularmente del evangelista san Juan. En la escuela de tal maestro no es de admirar

hubiese aprendido aquel amor encendido y aquel abrasado celo con que siempre amó al Salvador.

Puédese hacer juicio de la eminente virtud y del sobresaliente mérito de nuestro santo, por la elección que hicieron de él los apóstoles para que gobernase una iglesia de tanta autoridad como la de Antioquía, fundada por el mismo san Pedro, y que en poco tiempo floreció tanto, que en ella comenzaron los fieles á tomar el nombre de cristianos. San Anacleto papa, Teodoro y san Juan Crisóstomo son de parecer que fué consagrado obispo por el mismo apóstol san Pedro, y que con la imposición de las manos hecha por el príncipe de los apóstoles, recibió aquella plenitud de virtudes episcopales de que fué dotado nuestro santo. Lo que está fuera de toda controversia, es que san Ignacio no gobernó la iglesia de Antioquía sino después de la muerte de san Evodio, sucesor inmediato de san Pedro, quien murió en el año 69 de Cristo.

Gobernó san Ignacio dicha iglesia casi por espacio de cuarenta años, con tanta prudencia, con tanto celo, con tanta felicidad y con tan grande reputación, que todas las iglesias de Siria recurrían á él como á su oráculo. En la persecución de Domiciano tuvo mucho que padecer; pero nunca abandonó su amada grey en medio de los mayores peligros de la vida. Era tan vehemente su pasión por el martirio, que solía decir no creía que amaría bien á Jesucristo hasta que derramase por él toda su sangre. Durante aquel tiempo de tribulación sirvió de gran consuelo á todos los fieles su celo y su caridad: asistía á unos, confortaba á otros, y á todos los mantenía en la fe.

Habiendo muerto el emperador Domiciano el año 96 de Cristo, Nerva le sucedió en el imperio y restituyó la paz á la Iglesia, mandando volver del destierro á todos los que lo padecían por causa de religión; pero, como Nerva murió al año y pocos me-

ses después de su exaltación al trono, fué de corta duración la calma. Sin embargo, se aprovechó maravillosamente san Ignacio de aquella breve tregua para instruir y para alimentar á su pueblo con frecuentes exhortaciones, como también para disponerse él mismo al martirio con ejercicios de oración y de penitencia.

Pero si padeció grande persecución de los gentiles, no la padeció menor de los herejes, que no perdonaron á medio alguno para alterar la pureza de la fe, y para engañar á los demás fieles con artificiosas exterioridades y con especiosos pretextos de severidad y de reforma. « Hay ciertos hombres engañosos y embusteros, dice el mismo santo escribiendo á los de Éfeso, que cubriéndose con el nombre santo de Dios, hacen cosas indignas de tan soberano nombre. Huid de ellos como de bestias feroces; son perros rabiosos que muerden á traición; guardaos de ellos, porque su mordedura es dificultosa de curar. Cónstame que han ido á esa ciudad sugetos de mala doctrina; pero también sé que habeis cerrado las orejas por no oírlos; sea Dios bendito. »

Y escribiendo á los fieles de Esmirna: « Este consejo os doy, carísimos hermanos míos, para que os podais guardar de esas fieras en figura humana, á las cuales no solo no debeis recibir, pero, si fuera posible, ni aun encontraros con ellas. Contentaos con pedir á Dios que los abra los ojos para que se conviertan, si puede ser. No me ha parecido conveniente declarar aquí los nombres de esos incredulos; libreme Dios ni aun de tomarlos en boca hasta que se vuelvan á su majestad. Abstíense de la Eucaristía, porque no quieren creer que la eucaristía sea aquella misma carne de nuestro señor Jesucristo, que tanto padeció por nuestros pecados;

» aquella misma que el Padre Eterno resucitó por su  
» bondad. Apartaos de ellos, vuelvo á decir, y no los  
» habéis ni en público ni en secreto. »

Habia mucho tiempo que san Ignacio suspiraba por el martirio, cuando el emperador Trajano, que habia sucedido á Nerva, pasó al Oriente en el año de Cristo de 106, marchando á Armenia contra los Partos. Cuando llegó á Antioquía, tuvo noticias del cielo y del fervor con que san Ignacio predicaba la religion cristiana en todas partes, y de los muchos que convertia con su predicacion. Mandó el emperador que le trajesen á su presencia; luego que le tuvo delante de sí, ¿Eres tú, le preguntó, aquel Teóforo que no quiere obedecer mis decretos imperiales, y que negándose á sacrificar á los dioses del imperio, engaña á toda esta ciudad, predicando á todos la religion cristiana?— Si, señor, respondió Ignacio, yo soy el que me llamo Teóforo.— Y ¿porqué te llamas Teóforo, ó el que lleva á Dios? replicó el emperador: ¿qué quiere decir eso?— Señor, respondió el santo, quiere decir que llevo á Jesucristo profundamente grabado en mi corazón.— Pues qué, repuso Trajano, ¿piensas que nosotros no tenemos tambien en nuestra alma á los dioses inmortales que nos asisten en las batallas, y nos conceden la victoria?— ¡O emperador, respondió el santo, y qué gran ceguera es dar el nombre de Dios á los demonios que adoran los idólatras! Sabed, señor, que no hay mas que un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, y su único hijo Jesucristo nuestro Salvador, cuyo reino es eterno. ¡Ah, señor, y qué dichoso seriais vos, qué feliz, qué próspero vuestro imperio, si creyérais en él!— Dobleemos la hoja, le dijo el emperador, y hablemos de otra cosa. Ignacio, ahora solo se trata de que procures darme gusto, poniéndome en ocasion de hacerte muchas mercedes, y de honrarte con mi amistad; sacrifica luego á nuestros dioses, y yo te empeño mi imperial palabra que al instante te decla-

raré sacerdote del gran Júpiter y padre del senado.— Guarda, ó emperador, esas liberalidades para otros que las estimen, respondió Ignacio, que por lo que á mí toca tengo la honra y la gloria de ser sacerdote de Jesucristo, y toda mi ambicion se reduce á sacrificar mi vida por este divino Salvador, que me redimió de la muerte, y me dará otra vida inmortal.— Qué! replicó Trajano, ¿por aquel Jesus que fué crucificado en tiempo de Poncio Pilato?— Por ese mismo que murió por mí en una cruz, respondió san Ignacio, deseo yo dar mi vida, y seré dichoso si son oidos mis deseos. Irritado entonces el emperador, pronunció contra él la sentencia de muerte en estos términos: Mandamos que Ignacio, que dice lleva en sí mismo al crucificado, sea puesto en prisiones, y que sea conducido por los soldados á la gran ciudad de Roma, para ser en ella echado á las fieras, sirviendo de espectáculo y de diversion al pueblo.

Apenas oyó el santo la sentencia, cuando exclamó arrebatado de alegría: Yo os doy gracias, Señor, porque al fin tendré el consuelo de daros alguna prueba de mi amor sacrificándoos mi vida. ¡Qué honra para mí ser puesto en prisiones por vuestro amor, como lo fué Pablo vuestro apóstol! Y diciendo estas palabras, presentó sus manos á las esposas. Hincóse de rodillas, besó las cadenas, y habiendo hecho oracion á Dios con muchas lágrimas por toda la iglesia, partió de Antioquía y fué á embarcarse á Seleucia, acompañado de dos diáconos de su iglesia, Filon y Agatopo, que no se apartaron de él, y fueron, á lo que se cree, los que escribieron las actas de su martirio.

Después de muchos trabajos y fatigas, llegó san Ignacio al puerto de Esmirna. Permittieronle entrar en él, donde nalló á san Policarpo, su buen amigo, que tambien habia sido discípulo del apóstol san Juan. Fué reciproca la alegría y el consuelo de los dos santos. Todas las iglesias de aquella provincia le enviaron

sus diputados para encomendarse en sus oraciones. Onésimo, obispo de Éfeso, Damaso, obispo de Magnesia, y Polipo, obispo de Tralles, vinieron á visitarle en persona. Desde Esmirna escribió el santo á estas tres iglesias unas epístolas llenas de aquel espíritu apostólico que le animaba. « Sean, sean, dice en » su epístola á los Efesinos, sean vuestros ejemplos » otras tantas lecciones que deis á los impiós y á los » libertinos. Oponed á su proceder impetuoso y arre- » batado vuestra dulzura y vuestra modestia; á sus » injurias, vuestra paciencia y vuestras oraciones; » á sus errores, vuestra constancia en la fe. Sean vues- » tras contiendas sobre quien ha de padecer mas in- » justicias, mas pérdidas y mas menosprecios por » Jesucristo. Por este Señor llevo yo mis cadenas, » perlas preciosísimas, que estimo mas que todos los » tesoros del mundo. »

« Aunque yo estoy encadenado, escribe á los fieles » de Magnesia, con todo eso no valgo tanto como » cualquiera de vosotros, sin embargo que estais li- » bres. Acordaos de mí en vuestras oraciones, á fin » de que yo llegue á gozar de Dios; y no os olvidéis » de la iglesia de Siria, en la cual no merezco ser » contado. Tengo gusto en padecer, dice en su carta » á los de Tralles, tengo gusto en padecer, es verdad, » pero no sé si soy digno de eso. Rogad á Dios por » mí, para que sea merecedor de gozar la porcion » que me está destinada, y para que no sea repro- » bado. »

Habiendo encontrado san Ignacio en Esmirna á algunos fieles que iban á Roma, y habian de llegar antes que él, les entregó una carta para los fieles de la misma Roma, en la que, con los términos mas vivos, les descubre los verdaderos dictámenes de su corazón, y los conjura para que no hagan diligencia alguna en orden á librarle de padecer la muerte por

Jesucristo. « Temo, dice, que vuestra caridad me sea » perniciosa, y que pongais algun estorbo al cum- » plimiento de mis deseos: porque ni yo lograré ja- » más tan bella ocasion de ir á mi Dios, ni vosotros » me podréis hacer mayor merced que dejarme con- » sumar mi sacrificio. No podeis proporcionarame otro » bien mas estimable que el dejar que me sacrifique » á mi Dios, mientras el altar está pronto, y solo se » espera la víctima. Esto suplico, y no queráis amar- » me fuera de tiempo. Dejadme servir de pasto á los » leones, porque soy trigo de Dios, y debo ser molido » por los dientes de las fieras; deseo que su vientre » sea mi sepultura, y que no dejen ni reliquia de mi » cuerpo. A la verdad se pudiera decir que desde Siria » hasta Roma voy lidiando con unas bestias feroces; » porque estoy preso y atado en medio de diez leo- » pardos, que cuanto mejor hago con ellos, peor me » tratan á mí; pero me tengo por dichoso en pade- » cer este ejercicio por amor de mi Señor Jesucristo. » Quiera Dios que encuentre luego que llegue las fie- » ras aparejadas para despedazarme. Ninguna cosa » temo mas que el que me perdonen, como lo han » hecho con algunos discípulos de Cristo; si suce- » diera esto, yo mismo las irritaria. Perdonadme, que » yo sé lo que me conviene: si, dígolo intrépidamente: » ninguna criatura visible ni invisible puede estor- » barme ir á Jesucristo. El fuego, la cruz, las fieras, » la separacion de mis huesos, la division de mis » miembros, la destruccion de todo mi cuerpo, toda » la malicia de los mismos demonios, nada será ca- » paz de hacer titubear mi fe, ni de debilitar mi amor, » ni de disminuir mi aliento; nada podrá espantarme » ni perjudicarme, con tal que posea á Jesucristo. » Todos los gustos del mundo, todos los reinos del » siglo nada son; mas vale morir por Cristo, que ser » rey de toda la tierra. En vano se lisonjea de amar

» á Jesucristo el que ama al mundo; por lo que toca  
» á mí, solo vivo para morir por Jesucristo. »

Obligado san Ignacio á embarcarse antes de lo que pensaba para pasar á Nápoles de Macedonia, escribió á san Policarpo una carta verdaderamente apostólica, llena de las mismas máximas y del mismo espíritu que las precedentes. A mas de estas cinco epístolas, tenemos todavía otras dos de nuestro santo, una á los de Filadelfia, y otra á los de Esmirna; todas en el mismo tono, y abrasadas con el mismo fuego (1).

Los soldados que escoltaban á Ignacio temian llegar tarde á Roma para los juegos que se celebraban por aquel tiempo, y estaban ya para acabarse. Con este miedo apresuraron la marcha extremadamente; pero siempre caminaban con lentitud para las ansias de nuestro santo. A la primera noticia de su venida salieron á recibirle tropas enteras de cristianos, así de Roma como de los lugares vecinos. Luego que entró en aquella ciudad, se hincó de rodillas con los cristianos que le rodeaban, y ofreciéndose á su Dios como víctima que estaba pronta á ser sacrificada, le pidió por la paz de la Iglesia. Despues fué conducido al anfiteatro, é inmediatamente fué expuesto á las fieras á vista de los paganos que habian concurrido á celebrar la profana fiesta que se llamaba *de los Sellos*.

(1) Todas las cartas que dirigió á las demás iglesias llevaban el mismo título: *A la Iglesia bienaventurada que está en Éfeso, en Magnesia, en Tralles, etc.* Pero cuando escribió á los Romanos, mudó el santo de estilo, y principió así: *A la bien amada Iglesia, que es alumbrada por aquel que ordena todas las cosas conforme á la caridad de Jesucristo nuestro Dios, que preside en el país de los Romanos, ἡ τις προκίβηται ἐν τόπω Ρωμαίων, digna de Dios, digna de honor, que merece ser dichosa, ser alabada, que es conducida y gobernada con sabiduría, que es casta, que preside con caridad, etc.* El P. Orsi observa que esta diferencia de estilo no es sin alguna razón, y saca de aquí una prueba de la supremacía universal de la Iglesia romana.

Oyendo el santo el rugido de los leones hambrientos, dijo en alta voz lo que habia escrito á los Romanos: *Yo soy trigo del Señor, y debo ser molido por los dientes de estas fieras para poder ser ofrecido como pan puro á Jesucristo.* Un instante despues fué despedazado por los dientes de los leones, como lo habia deseado, oyéndosele pronunciar el santo nombre de Jesus hasta el último suspiro. No quedaron de todo su cuerpo mas que algunos huesos que recogieron los cristianos; y pocos días despues fueron conducidas estas preciosas reliquias á la ciudad de Antioquia, donde fueron recibidas y reverenciadas con singular veneracion y con extraordinaria piedad. Sucedió el martirio de san Ignacio el año del Señor 107, á los 20 de diciembre, segun la opinion de casi todos los orientales; pero la Iglesia latina celebra su fiesta en el día 1º de febrero que, segun Beda y algunos otros, fué el de su muerte.

Aseguran algunos escritores que este santo no fué despedazado, sino sofocado por los leones; y que despues de muerto le abrieron para ver si era verdad que tenia grabado en el corazon el dulce nombre de Jesus, como él mismo lo decia muchas veces; y que con efecto se halló esculpido en él con letras de oro este dulcísimo nombre. Pero como todos los autores antiguos callan este hecho, se puede verisimilmente creer que esta opinion no tuvo otro fundamento que los vivísimos términos de que se valió san Ignacio para explicar el ardiente amor que profesaba á Jesucristo.

Despues que la ciudad de Antioquia fué tomada y casi arruinada por los Persas y por los Sarracenos, se trasladaron á Roma las preciosas reliquias de nuestro santo, y se colocaron en la iglesia de san Clemente, donde estan tenidas en grande veneracion. Celebróse esta traslacion el año 540, como dicen

unos, ó como mas probablemente quieren otros, el de 639.

*La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.*

Infirmittatem nostram respice, omnipotens Deus: et quia pondus propriæ actionis gravat, beati Ignatii, martyris tui atque pontificis, intercessio gloriosa nos protegat: Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios todopoderoso, atiende á nuestra flaqueza; y pues estamos oprimidos con el peso de nuestros pecados, ampáranos por la intercesion de tu glorioso mártir y pontífice el bienaventurado Ignacio: Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del capítulo 8 del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Quis nos separabit à charitate Christi? tribulatio? an angustia? an fames? an nuditas? an periculum? an persecutio? an gladius? (sicut scriptum est: Quia propter te mortificamur tota die: æstimati sumus sicut oves occisionis). Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos. Certus sum enim quia neque mors, neque vita, neque angeli, neque principatus, neque virtutes, neque instantia, neque futura, neque fortitudo, neque altitudo, neque profundum, neque creatura alia poterit nos separare à charitate Dei, quæ est in Christo Jesu Domino nostro...

Hermanos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? ¿acaso la tribulacion? ¿acaso la angustia? ¿acaso la hambre? ¿acaso la desnudez? ¿acaso el peligro? ¿acaso la espada? (como está escrito: Porque por tí cada día somos condenados á muerte: se nos reputa como ovejas destinadas al cuchillo.) Pero en todas estas cosas somos vencedores por aquel que nos amó. Yo, pues, estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos de la caridad de Dios, la cual está en Cristo Jesús Señor nuestro.

## NOTA.

« Despues que san Pablo corrió la Macedonia, pasó » á Grecia, y en ella se detuvo tres meses. Volvió á » Corinto la tercera vez, como él mismo lo habia » prometido: estando ya para restituirse á Jerusalem, » escribió á los cristianos de Roma, cuya fe y cuya » piedad era ya celebrada en todo el mundo. Escri- » bióse esta epístola el año 48 de Jesucristo. »

## REFLEXIONES.

¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? ¿Debian hablar otro lenguaje los cristianos? Cuando se conoce, cuando se ama á Jesucristo, ¿se pueden tener otros dictámenes? El aliento y la confianza son inseparables del verdadero amor de Dios. Amor que se extingue con las tribulaciones, no es realidad, es apariencia de amor. Lejos de apagarse este divino fuego con los impetuosos vientos de la persecucion, le hacen crecer mas. Al amor de Jesucristo sirven de cebo las adversidades: no debe temer las cruces; los enemigos que propiamente ha de temer son la abundancia, las honras y los placeres. ¿Cuántas veces vencieron las dulzuras de la paz á aquellos mismos que triunfaron de los tiranos? ¿Qué consuelo saber que nada me puede apartar de este divino amor, si yo no quiero! Solo debo desconfiar de mí mismo; nada debo temer sino al pecado.

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿será la tribulacion? ¿serán las angustias? Ah, que ellas sirven grandemente para nuestra santificacion! No hay cosa mas oportuna para extenuar nuestras pasiones; son, por decirlo así, el contraveneno de nuestro amor propio. ¿Será la hambre? ¿será la desnudez? Pero cuando se ve á Jesucristo nacer y morir en pobreza,

¿se la podrá mirar como trabajo ó como desgracia?  
 ¿Será el desprecio? Pero ¿cómo puede ser mientras  
 estoy oyendo que mi Salvador me acuerda que si el  
 mundo me aborrece, primero le aborreció á él? En fin,  
 ¿será la persecucion? ¿será la espada? Pero ¿quién  
 ignora que, segun nos lo advierte el mismo Jesucristo,  
 todos los que quieren vivir piadosamente padecerán  
 persecucion? Mientras el mundo tenga secuaces,  
 mientras haya disolutos, mientras haya impíos en el  
 mundo, la virtud será bien ejercitada; pero ¿quién  
 no sabe que la virtud se perfecciona en la adversidad  
 como el oro se purifica, se acrisola con el fuego? ¡Mi  
 Dios! ¿cuándo podremos decir con el apóstol? *Estoy  
 cierto que ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo  
 futuro, ni lo mas alto, ni lo mas bajo, ni otra alguna  
 criatura me podrá separar del amor de Dios.* Pero  
 ¿quién tendrá la culpa de que al presente no lo podamos  
 decir? ¿Qué criatura puede presumir competencias  
 con un Dios? Y cuando se trata de amar á todo  
 un solo Dios, ¿qué objeto criado debe pretender que  
 reparta con él mi corazon, mi estimacion, mi cariño?  
 Dignidades, honras, riquezas, placeres, títulos grandes  
 y pomposos, que significais tan poco ó tan nada,  
 ¿podréis por ventura hacerme perder la amistad de  
 mi Dios? ¡Qué locura preferir un relámpago, una  
 sombra de placer, y de un placer fugitivo, vacío, de  
 un placer que se nos escapa de entre las manos, á  
 una felicidad real, llena y eterna! Solo el amor de Dios  
 llena el corazon, solo él le satisface; el amor de Jesu-  
 cristo vale y sirve por todo.

*El evangelio es del capitulo 12 de san Juan.*

In illo tempore, dixit Jesus      En aquel tiempo dijo Jesus á  
 discipulis suis: Amen, amen,      sus discípulos: De verdad, de  
 dico vobis, nisi granum fru-      verdad os digo que si el grano  
 menti cadens in terram mor-      de trigo que cae en la tierra no

tuum fuerit, ipsum solum ma-      muere, queda infecundo; pero  
 net. Si autem mortuum fuerit,      si muere, fructifica con abun-  
 multum fructum affert. Qui      dancia. Quien ama su vida, la  
 amat animam suam, perdet      perderá: y el que aborrece su  
 eam: et qui odit animam suam      vida en este mundo, la custodia  
 in hoc mundo, in vitam æter-      para la vida eterna. Si alguno  
 nam custodit eam. Si quis mihi      me sirve, sígame: y en donde  
 ministrat, me sequatur: et ubi      esté yo, allí ha de estar mi  
 sum ego, illic et minister meus      siervo. Y aquel que me sirva á  
 erit. Si quis mihi ministraverit,      mí, será honrado por mi Pa-  
 honorificabit eum Pater meus.      dre.

### MEDITACION.

#### DEL AMOR PROPIO.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que no tenemos peor enemigo que á  
 nosotros mismos. Nuestras pasiones, nuestro genio,  
 nuestras inclinaciones viciosas, todo conspira á per-  
 dernos; nuestro amor propio hace nuestro suplicio.  
 No es menester ir lejos para encontrar el verdadero  
 principio de nuestras inquietudes; el origen de nues-  
 tras desazones, de nuestras pesadumbres y de nues-  
 tras lágrimas está en el fondo de nuestro corazon.

Nuestras pasiones son nuestros propios tiranos; y  
 toda la viveza, toda la lozania que tienen se la deben  
 á nuestro amor propio. Amámonos demasiado; y de  
 aquí proviene que seamos tan ciegos hácia el interés,  
 tan ardientes hácia los placeres, y tan delicados en  
 todo lo que puede lastimar aun lijeramente nuestro  
 orgullo. Amámonos demasiado; y en esto consiste  
 toda nuestra desgracia. Pero ¿es amarse el perderse?  
 Quien ama su vida, la perderá: este es el fruto de  
 nuestro amor propio; no hay condenado que no haya  
 sido el artifice de su perdicion; y esto solo porque se  
 amó demasiado.